

GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA

EL DECORO POLITICO

El decoro político

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA (*)

1. LA PREPOLÍTICA

Es política cuanto se refiere a la conquista y a la orientación del Estado. En ese doble empeño siempre surgen concurrentes y discrepantes, es decir, adversarios. Por eso perdura el hallazgo de Carl Schmitt: "La distinción entre amigo y enemigo es la propiamente política... y ese antagonismo es su principio constitutivo". En esta etapa de fomentada superpolitización española son legión los que discuten acerca del acceso al poder y del modo de utilizarlo. Ambas vertientes del problema son preclaras y oportunas, pero tan polémicas y habituales que procede ponerlas entre paréntesis para alcanzar un nivel de objetiva racionalidad.

Se trata de abordar una cuestión básica, apenas estudiada y singularmente oportuna, aunque sea más prepolítica que política. La intervención de las personas en la cosa pública, ¿qué relación guarda con el decoro? La tesis defendida es que no sólo es posible ser político con decoro, sino que el decoro es una de las dimensiones consustanciales a la mejor política. Se rechaza, pues, frontalmente la doctrina y el uso de que la política implique la doblez y el cinismo. Pero, ¿en qué consiste el decoro?

(*) Colaboración presentada en noviembre de 1980.

2. EL AUXILIO ETIMOLOGICO

Las palabras, que son como los cromosomas de la cultura, atesoran una compleja y comprimida secuencia de sonidos y significaciones o, si se quiere, las huellas de una laboriosa y dilatada evolución. Un vocablo especialmente grávido y fecundo es el nombre latino "decorum". Es dudoso que su acuñador fuera Cicerón, pero es seguro que a Marco Tulio debemos el máximo esfuerzo clásico para elaborar el concepto. Le consagró dos capítulos, el XXVII y el XXVIII, en el libro primero de su gran tratado *De Officiis*. Definió el decoro como una virtud ligada a toda forma de moralidad ("ad omnem honestitatem hoc decorum et ita pertinet") que, en sentido amplio, es conformidad con la dignidad del hombre ("consentaneum hominis excellentiae") y que, en sentido estricto, es una conformidad con la naturaleza que se manifiesta en medida y templanza ("quod ita nature consentaneum sit ut in eo moderatio et temperantia appareat"). Se trata, pues, de una "consentaneidad" o, lo que es lo mismo, de una correspondencia o armonía entre lo que se es y lo que se hace. Pero procede ir más allá en la aproximación al concepto, y la etimología es un auxiliar precioso.

"Decorum" no es un neologismo creado de la nada; es un sustantivo derivado del adjetivo "decorus", que tiene su origen en el viejo nombre "decus" (próximo pariente de "dignus"), el cual arranca del importantísimo verbo "deceat", que se traduce por conviene o procede y que, en la lengua de Roma, responde a la primitiva voz sánscrita "dacas" o fama. Esta noble genealogía verbal aporta significaciones tan valiosas como digno (el que tiene pundonor) y conveniente (adecuado a la circunstancia). Es Juan de Valdés quien, en el segundo cuarto del siglo XVI, da carta de naturaleza castellana al vocablo "decoro".

Me ocuparé del decoro político y no de la honestidad política porque aquél es un concepto más amplio y que rebasa el campo de la moral. El decoro es trascendente y apunta hacia preceptos absolutos en la medida en que es "decencia"; pero es inmanente y apunta hacia la conformidad del hombre consigo mismo en la medida en que es "conveniencia" o consecuencia. La decencia es una condición ideal, un deber ser; pero la consecuencia es empírica, es una situación. El decoro está, pues, entre la ética y la sociología, y lo abordaré desde esta última perspectiva. Este enfoque tiene, entre

otras, la ventaja de que no exige la formulación de normas y la exaltación de valores, sino tan sólo una definición formal y neutra. Se trata de caracterizar el decoro como una correlación entre modos de ser y maneras de comportarse sin tomar posición acerca de aquéllos. Y se trata de señalar los efectos sociales del decoro y de su contrario, no de predicar.

3. DELIMITACION NEGATIVA

El decoro no es la honestidad porque hay cosas honestas, como ciertos oportunistas, que no son decorosos. Y, en cambio, hay comportamientos ilícitos, como ciertas situaciones sentimentales, que no comportan necesariamente la pérdida del decoro. No es, pues, un concepto puramente moral.

El decoro no es, como la contricción, un fenómeno de conciencia, sino de apariencia; no pertenece al fuero interno, sino al externo. El decoro es algo social que se ejercita ante los demás. Y porque el decoro político se restringe a los comportamientos intencionalmente públicos es impropio juzgarlo en función de intimidades personales. La vida privada, en tanto que privada, y el decoro político son compartimentos recíprocamente estancos. El decoro pasivo consiste en respetar la vida privada de los demás.

Tampoco el decoro es el éxito, puesto que el fracaso no es siempre indecoroso; al contrario, es más fácil mantener el decoro en la derrota que en el triunfo. Cabe perder todo menos el honor y, por tanto, salvando el decoro. No es, pues, una noción pragmática.

Tampoco el decoro es sinónimo de alto cociente intelectual. Tanto el gobernante mediocre como el inteligente pueden tener decoro político o carecer de él. Nuestro Carlos III, que no brilló ni por su saber ni por su talento, fue un gobernante con insigne decoro, mientras que Fernando VII, bastante más inteligente que su abuelo, fue un arquetipo de doblez e indecorosidad política. Por cierto que aquél presidió un reinado de progreso, y éste, de liquidación.

Meditar sobre el decoro no es ni enfrentarse con un imperativo categórico, ni con un estado de conciencia ni con un justiprecio de resultados ni con una medida de capacidades; no es ni ética, ni con-

tabilidad ni psicología; es sociología no exenta de connotaciones morales, técnicas y estéticas.

El decoro es propiamente una cualidad de los individuos y sólo metafóricamente puede extenderse a las instituciones. No creo, como Maquiavelo, que la llamada "razón de Estado" sea la suprema norma orientadora de la soberanía, pero la aceptación del maquiavelismo no supondría la renuncia al decoro político. Una cosa es el comportamiento de un gobernante como mandatario de un Estado ante otros Estados y otra muy diferente su personal comportamiento como mandatario de sí mismo ante sus semejantes. Un gobierno puede seguir siendo un conjunto de caballeros después de romper un tratado, pero un caballero dejaría de serlo si faltase a la palabra dada a otro. En rigor, el decoro es personalísimo, porque es una especie de coherencia del hombre consigo mismo; pero la presencia o la ausencia del decoro, generalizadas, puede permitir su extrapolación a una institución como, por ejemplo, una academia o un partido.

A cada actividad corresponde una forma de decoro. No es lo mismo el decoro intelectual que el religioso o que el político, aunque coincidan en muchas dimensiones, y de todos ellos este último es el más polémico porque es objeto de interpretaciones contrapuestas; pero, además, es socialmente decisivo, y esta cualidad bastaría para justificar nuestro análisis. Entre la clase política se reclutan los dirigentes, y éstos son siempre elementos muy visibles de la comunidad. Gabriel Tarde demostró que el fenómeno constituyente de la sociedad es la "imitación": círculos cada vez más amplios imitan el lenguaje, el ideario y las costumbres de unos individuos sobresalientes. La ejemplaridad positiva o negativa del político es importantísima porque determina el comportamiento de los gobernantes y, finalmente, de los gobernados. A esta correlación inveterada responde la sentencia famosa de un cronista de Isabel la Católica: "La Reina estudia latín, todos gramáticos". Las aristocracias contagian sus usos a la sociedad. La corrupción, la hipocresía, la desvergüenza, la chabacanería, la volubilidad, el perjurio o el engaño del gobernante se extiende a los gobernados, no viceversa. De ahí el vasto impacto colectivo del mayor o menor decoro político.

4. EL DECORO, SISTEMA DE COHERENCIAS

Son universales aquellos conceptos que se aplican a numerosas situaciones individuales. Así "hombre", que se predica de cualquier animal racional existente o posible. Todo concepto universal tiene un cierto grado de abstracción, tanto mayor cuanto menos connotaciones concretas incluye. "Ente", por ejemplo, es una noción más abstracta que "ave", la cual lo es más que "paloma". El decoro es abstracto porque se puede manifestar en múltiples personas; pero, además, porque hay decoros de diferentes significados. El decoro político del socialista tiene un contenido y un estilo distintos del decoro político del liberal. Más que un arquetipo de conductas determinadas, el decoro es una estructura, exactamente, un sistema de concordancias que puede ser definido independientemente de las ideologías. ¿Cuáles son esas coherencias? Esta es la cuestión.

a) El decoro político consiste primariamente en una concordancia de lo que se dice cara al pueblo con lo que se piensa. No es necesario que se declare todo lo que se piensa porque la cortesía, la prudencia y la economía pueden aconsejar y aun exigir reservas y silencios, pero hay ocasiones en que el mutismo sería indecoroso a causa de la relevancia del asunto y de su incidencia sobre el dirigente. No sería, por ejemplo, decoroso que el episcopado callara ante una ley que afectase seriamente al dogma o a la moral cristianos. Lo estrictamente indecoroso es mentir cuando se habla al pueblo. Es admisible la mentira piadosa en ciertas relaciones interpersonales, pero no en las que tienen por destinatario a la sociedad. Hay una modalidad ambivalente que es el circunloquio ocultador, la media verdad confusionaria o la ambigüedad sofisticada, como, por ejemplo, cultivar la logomaquia, suscribir una tesis y apoyar a sus detractores, criticar una ley y votarla afirmativamente. Las manifestaciones de esta clase de insinceridad son innumerables y pueden ser de efectos sociales más negativos que la simple mentira porque son menos detectables y porque, a la larga, generalizan el escepticismo popular. Las masas necesitan definiciones claras y sencillas, y ante la sinuosidad equívoca y repetida suelen caer en el agnosticismo, porque identifican los discursos con los juegos de palabras, y en el abstencionismo, porque llegan a desconfiar igualmente de todos los políticos.

Es obvia la necesidad social de la coherencia entre lo que se

crea y lo que se manifiesta. A las muchedumbres se les habla para informarlas y condicionar su comportamiento, y la falsedad y la desinformación les impiden obrar con adecuación a la realidad. Una España engañada con expectativas de victoria militar por una Prensa cuando menos irresponsable se lanzó al desastre de 1898. Cuanto mayor sea la intervención activa de las masas en las decisiones estatales, mayor será la exigencia de veracidad, puesto que votarán en función de los datos que se les suministre. Y cuanto mayor sea la participación de las muchedumbres en la designación de los gobernantes, más imperativa será la veracidad, puesto que, de lo contrario, no podrán elegir a los mandatarios adecuados a sus deseos y correrán el riesgo de pronunciarse por aquel a quien repudiarían si se hubiese manifestado con sinceridad.

b) El decoro político es, además, una concordancia entre lo que se ha dicho y lo que se dice, o sea, una coherencia con el propio pasado. Los hombres pueden cambiar de criterio, pero cuando las posiciones han sido públicas y han condicionado los comportamientos de otras personas y el curso de acontecimientos colectivos, ese cambio de criterio debe formalizarse como rectificación pública y explícita, con exposición de los argumentos que mueven a mudar de posición. Es una deuda contraída con aquellos a los que se llevó en una dirección equivocada y es un dato imprescindible para que la imagen del político sea clara y definida. Y cuando la rectificación se hace a favor de la corriente y puede interpretarse como un oportunismo, ha de ir acompañada de la renuncia a las eventuales ventajas personales. Es, por el contrario, indecoroso borrar las huellas del propio pasado, tergiversar posiciones anteriores para articularlas con el nuevo criterio o, simplemente, dar por supuesto que no se ha mudado de actitud cuando la realidad es la contraria. Y resulta singularmente indecoroso que las mutaciones coincidan con los vaivenes del poder y sean el precio de la supervivencia jerárquica o presupuestaria. Si todo hombre es su historia, un dirigente es sustancialmente la historia de sus actitudes políticas, y el decoro exige asumirlas o retirarse a la vida privada.

c) El decoro político es, además, concordancia entre lo que se dice respecto de la cosa pública y lo que se hace en ella. Si la palabra tiene por objeto político principal definir la propia idea del bien común y recabar adhesiones para ella, perdería su sentido si los comportamientos del político contradijeran sus manifestaciones. Esta

coherencia entre las palabras y los hechos, las promesas y las realizaciones, es una dimensión esencial del decoro político. Confiar en la mala memoria de las masas es casi tan indecoroso como confundirlas para simular un paralelismo inexistente entre lo declarado y lo practicado. El decoro político no exige el dogmatismo doctrinario, sino la concordancia entre los principios y las decisiones y entre los programas y las medidas concretas, de acuerdo con lo que Leopoldo Eulogio Palacios llama la prudencia política. La fluidez de las circunstancias históricas no justifica el oportunismo, sino el prudencialismo.

La concordancia entre el plano ideológico y el fáctico se agudiza en la medida en que las declaraciones son más vinculantes por el modo en que se formulan. Hay una gradación decreciente entre la violación del juramento, la promesa, el anuncio programático y la manifestación ocasional; pero todas son expresiones, más o menos graves, de la indecorosidad política, independientemente de las agravantes de carácter religioso, moral y jurídico.

d) El decoro político es también la concordancia entre lo que se recibe y lo que se da. Una de las más nobles especies de este tipo de coherencia es la gratitud. Todo aquello que se acepta voluntariamente como valioso obliga al reconocimiento y a la correspondencia, tanto más cuanto más gratuito sea lo recibido. Se dice que no hay agradecimiento en política, pero los que tal afirman no suelen ser agradecidos en nada. La ingratitud es uno de los géneros más innobles de indecorosidad política.

La lealtad es una forma especial de gratitud y de justicia que se debe a las personas y también a las instituciones, como la Patria, por lo que se ha recibido de ellas o se les ha prometido. De ahí que la deslealtad sea incompatible con el decoro político.

En suma, el gobernante con decoro ha de cumplir su palabra; el idioma no puede ser en él un instrumento de confusión, sino un imperativo de consecuencia.

e) Y el decoro es, en fin, una serie de concordancias estilísticas entre el continente y contenido. Hay un decoro idiomático que dependerá del ideario y de las circunstancias. Hay un decoro formal del atuendo y del gesto. Es políticamente indecoroso un orador grosero, un tribunal de descamisados y una publicidad desorbitada

porque no hay coherencia entre la forma y el fondo. Estas manifestaciones de decoro político tienen, sin duda, connotaciones estéticas. También en política lo chabacano es indecoroso, por halagüeño que pueda resultar para la chusma. La reciente exigencia del uso de la corbata en la televisión y en la Generalidad de Cataluña no fue trivial anécdota modal; fue un gesto elocuente.

El protocolo es una reglamentación de ciertos aspectos de este tipo de decoro. Su importancia en la política exterior es proverbial por sus implicaciones operativas y porque es reflejo de un valor diplomático principalísimo, el prestigio nacional. También es importante en la política interna porque traduce las jerarquías y la nobleza de la soberanía. En las transgresiones de este decoro formal concurre la circunstancia agravante de que atentan a la dignidad del Estado, tanto más cuanto más elevado sea el rango del protagonista y más escandalosa su incoherencia. Una de las claves de la autoridad es la impresión de distancia, los procedimientos reglados, la solemnidad y la liturgia del poder, pero ese efecto sutil se anula cuando hay desprecio del decoro formal por parte del gobernante. A veces, más que la potencia económica o militar es esta clase de decoro la que sirve para establecer el "ranking" de las naciones entre los dos extremos clásicos: Inglaterra y las tribus salvajes. De hecho, suele haber una correlación estrecha entre el poderío de un Estado y el decoro formal de sus gobernantes. Una clase política que se achabacana y envilece es un síntoma de declive nacional. Cuando los soviéticos empezaron a cambiar la bufanda revolucionaria por el impecable uniforme es que estaban dejando de ser un caos para transformarse en un imperio.

5. REIVINDICACION DE LAS FORMAS

Todas estas dimensiones del decoro son estructurales y no presuponen una ideología concreta, puesto que se aplican a todas ellas. La coherencia entre lo que se dice y lo que se piensa, se hace o se recibe vale para el marxista y para el humanista, para el totalitario y para el libertario, para el socialista y para el liberal. El decoro es independiente del programa político, y en tal sentido es un requerimiento formal, pero no por eso insignificante. Este es el momento en que procede hacer una reivindicación de las, ahora, tan denostadas formas.

Hay un viejo principio, milagrosamente salvado del cataclismo que provocó Einstein: el hombre no crea ni destruye nada, simplemente transforma. Ciertamente que a veces el resultado de una de estas transformaciones es una partícula al parecer inerte, sin energía ni masa conocidas, el neutrino de Pauli, pero tan menesteroso corpúsculo basta para mantener en pie el principio de conservación de la energía. En él va implícita la radical impotencia del hombre para crear y para aniquilar, para reducir seres a la nada y para obtener de la nada seres.

El principio de conservación de la energía nos recluye en la órbita de las simples "transformaciones". Toda nuestra vida discurre en un ir y venir de formas: materia que se torna energía, átomos que se transmutan, elementos que se aglutinan, células que nacen, se reproducen, evolucionan, envejecen y mueren. Bajo este devenir hay un substrato último, no incrementable ni destructible, que permanece "tabú" para el hombre: lo que Aristóteles llamaba la materia prima y lo que la física moderna denominaría la energía primordial. Nuestro mundo operable es el de las formas y sólo a ellas no podemos ser indiferentes, porque equivaldría a una indiferencia ante el movimiento, ante las reacciones químicas, ante la Historia, ante la vida, ante lo que es más nuestro. Indiferentismo hacia las formas es sinónimo de inactividad, de inercia, de entropía y de muerte.

Pero como la pereza, el agotamiento y el suicidio son humanos, acontece que en vísperas de toda jornada creadora siempre suele aparecer un grupo que disfraza su estéril quietud bajo un metódico indiferentismo hacia las formas. Si se trata de renovar el idioma, no falta quien se interpone para afirmar que lo importante no es la retórica y la poética, sino lo que se dice. Si se plantea una reforma legal, tarde o temprano surge una voz que interrumpe los debates con esta ingenuidad jurídica: lo que interesa no es el procedimiento, sino el derecho sustantivo. En todos los conservatorios y escuelas de Bellas Artes el indotado y el díscolo claman contra la técnica y el dibujo. En la vida social es el hombre rudo quien suele defender —a voces, naturalmente— que lo decisivo es lo que se hace y no el cómo se hace. Y cuando los pueblos viven una hora constituyente, los menos creadores son los que tácticamente se dicen indiferentes hacia las formas políticas.

Pero lo cierto es precisamente lo contrario: ninguna forma es indiferente, ni la más simple y primera ni la más compleja y última.

La elocuencia no está en los vocablos, sino en el modo especial con que algunas palabras suenan en el aire. Y del preciso emplazamiento de un monosílabo suele pender la belleza y la verdad. Entre el primitivo sistema de autodefensa y la sentencia judicial media un abismo, el abismo que separa el hachazo de la silla eléctrica, la horda del Estado. Algún miope creará que el resultado es idéntico: la muerte del malhechor. Pero con ser tan "mínima" y "formal" la diferencia que hay entre la ejecución inmediata del agresor por el agredido y una ejecución ordinaria, eso es lo que nos separa del hombre de las cavernas. Y en cuanto al arte, es inconcebible sin forma. Se podrá preferir el verso libre al soneto y la anarquía métrica al rigor del alejandrino, pero cada poema, cada fuste, cada torso, cada compás va indisolublemente ligado a su forma, sin la que no sería nada. Toda la historia del arte lo es de configuraciones, de estilos, de formas. Y por las maneras se distinguen los mejores de los que no lo son. De un gesto apenas apuntado en el hacer o en el decir dependen la exquisitez, la finura y la gracia. Y lo que diferencia no ya a unas personas de otras, sino al artista del bracero, al inteligente del mediocre, es su capacidad para el sesgo y el matiz, para la síntesis y el análisis, para la precisión y el acabado: en suma, para la lidia con las formas.

Ningún espíritu maduro, ningún músculo a punto puede de veras sentir indiferencia por los problemas formales. Porque la perfección está cifrada precisamente en las formas. Lo que va de la fealdad a la belleza, de la guerra a la paz, de la restauración a la revolución, del refinamiento a la rudeza, de la elegancia a la cursilería es una forma. El progreso no es, en definitiva, sino un tornear y pulimentar formas. Y esto es cierto no sólo para la persona humana, sino para las ciencias y para las artes. La metafísica aristotélica es, respecto a la presocrática, una forma más depurada, como el patricio romano respecto al bárbaro, como el regimiento prusiano respecto a la mesnada. Y lo que sublimó el tosco arte arcaico en el Partenón fue otra forma: la idea ejemplar que de lo bello tenía la Grecia clásica. Y una forma fue, en fin, la que en una hora incierta configuró el caos en cosmos. Sobre el dintel de muchos colegios de Oxford se lee la norma "Las maneras hacen al hombre". Fue, efectivamente, un sistema de maneras el que hizo posible la hegemonía victoriana.

Y ese formalismo que es el decoro político constituye uno de los caracteres más definitorios de una sociedad.

6. PERSONALIDAD Y DECORO

La psicología diferencial y, más concretamente, la caracterología han elaborado diversos esquemas para clasificar las innumerables configuraciones de la personalidad humana. La distinción entre los extrovertidos y los introvertidos, que se debe a Jung, se ha ido perfilando a lo largo de medio siglo hasta convertirse en una dicotomía tipológica fundamental. El extrovertido tiende a volcarse hacia el exterior, mientras que el introvertido tiende a centrarse sobre sí mismo. La pasión del extrovertido es la concupiscencia o ansia de poseer y gozar de las realidades circunstanciales, que son las que le mueven. La pasión del introvertido es la soberbia o afirmación y cultivo de la propia mismidad como cuestión principal y estímulo dominante. El soberbio prefiere el "ser" al "tener" y renuncia a multitud de bienes con tal de no debilitar su propia coherencia interna y su autoestimación; el suyo es un carácter bien dispuesto para el decoro. En cambio, el anhelo supremo del concupiscente es apropiarse objetos, y a este efecto sacrifica el decoro y, en ocasiones, hasta lo ignora.

El orgullo no tuvo una calificación moral negativa hasta que el cristianismo propugnó la humildad. Esta actitud era desconocida en el mundo clásico porque la austera renunciación estoica no se apoyaba en la negación del "yo", sino en todo lo contrario, o sea, en el dominio y robustecimiento de la propia mismidad. Federico Nietzsche dedicó una parte sustancial de su obra a contraponer la moral de la humildad, que adjudicó a los esclavos, frente a la moral de la altivez, que atribuyó a los señores. Coincidió con Hartmann en que no hay contradicción absoluta entre la humildad y el orgullo, porque en sus manifestaciones moderadas se complementan. Si se denominara vicio de la soberbia a una radicalización que implicara la subordinación de todos los valores al "ego", habría que llamar virtud de la altivez al razonable amor propio, al respeto a sí mismo y a la voluntad de autoperfección. La altivez, tan fronteriza del honor y de la fortaleza, es un sentimiento noble que no es sensitivo, sino racional; no aniquilante, sino creador; no populachero, sino discreto; no fatalista, sino libre, y que mueve a incorporar valores, a obrar con responsabilidad para prevenir el arrepentimiento y a triunfar para inmunizarse contra el sometimiento y la humillación. El introvertido tiende a ser altivo y, por tanto, cultivador de su decoro,

mientras que el extrovertido necesita presión social para no caer en el indecoroso oportunismo.

Si fuera cierto el tópico de que el arquetipo del gobernante pertenece, como Mussolini, al género de los extrovertidos, el decoro político sería insólito y difícil. Pero la experiencia demuestra que no son minoría los grandes estadistas introvertidos, como Franco, y, además, que son menos retóricos y falaces, y más eficaces y auténticos. El extrovertido y cordial, como Marco Antonio, ofrece menos garantías de decoro que el introvertido y altanero, como César. Y en esto reside otro de los riesgos de la democracia, tan dependiente del encanto popular de los candidatos.

7. CONSTITUCIONES Y DECORO

Hay esquemas morales que, como el puritanismo, favorecen el decoro y otros que, como la permisividad, lo desestimulan. Hay también modelos constitucionales que inducen más que otros a la indecorosidad política. Los modos de configurar el Estado son innumerables, pero la trilogía clásica suministra un punto de apoyo inicial. La monarquía y la aristocracia son regímenes elitistas en los que la inautenticidad de la clase dirigente es ardua de mantener. Además, las voluntades que hay que captar se suelen rendir a la valía y, en el peor de los casos, a la adulación; pero difícilmente a la mentira sistemática. La forma degenerativa de la monarquía es la tiranía y la de la aristocracia es la plutocracia, mientras que la de la democracia es la demagogia, la cual exige del líder el engaño, el oportunismo y la versatilidad, es decir, la discordancia del dirigente consigo mismo o ausencia del decoro político. Por eso la democracia es un sistema especialmente proclive a la indecorosidad del gobernante. Dentro de este modelo hay subclases que estimulan más la inconsecuencia de los políticos; así la partitocracia, que es el estadio final del parlamentarismo abandonado a su dialéctica interna. En la partitocracia o asunción de todos los poderes públicos por las oligarquías de los partidos dominantes se suelen producir las siguientes incoherencias: lo que dicen los líderes no se corresponde con lo que pactan clandestinamente, lo que declaran los parlamentarios es lo que les prescribe el partido y no lo que ellos piensan, y lo que se suministra a los medios de comunicación es más propagandístico que

informativo. En las partitocracias se suele crear una apariencia cada vez más distante de la realidad. Tal contexto no imposibilita el decoro político personal, pero lo obstaculiza poderosamente.

Por añadidura, la democracia es la forma de gobierno que teórica y prácticamente requiere más decoro político. La monarquía y la aristocracia son regímenes de minorías que no pretenden ser mandatarias de la voluntad popular, pero la democracia se presenta como gobierno "por" el pueblo. La monarquía y la aristocracia, sin contradecirse con su ideal propio, pueden practicar una política secreta tanto en los asuntos domésticos como en los exteriores; pero la democracia exige una política transparente, porque sólo cuando todo es público puede el pueblo hacerse una composición de lugar y decidir con un mínimo de racionalidad sobre cualquier cuestión. Y la transparencia exige que los candidatos y las autoridades se manifiesten como son y que actúen en consonancia con los programas para los que fueron elegidos. Y, finalmente, la discusión, que es el método predilecto del sistema, requiere veracidad, buena fe y cortesía. En suma, la democracia, más que ninguna otra forma de gobierno, necesita decoro político y sin él se convierte en una falsificación y en un sarcasmo.

Es preciso recordar tres libros españoles, nada sospechosos de parcialidad y bastante olvidados, que denunciaron la falsificación política o ausencia de decoro político en nuestra patria. Uno es el dirigido por Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo*, publicado al filo del desastre de 1898. Otro es el de Azorín, *El chirrión de los políticos*, impreso en 1923, poco antes de la dictadura de Primo de Rivera. Y el tercero es el de Julio Camba, *Haciendo de república*, que refleja el desencanto precursor de la gran crisis nacional de 1936. Los tres coinciden en denunciar la doblez. No tenemos una democracia genuina, sino caciquismo, afirma el progresista y liberal Costa. No hay elecciones sinceras ni administración eficaz, sino pucherazo y cabildeo, denuncia el europeizante y también liberal Azorín. No hay auténtica promoción de los mejores, sino enchufismo, sostiene el republicano y no menos liberal Camba. El estilo de Costa es tonante, el de Azorín y Camba es irónico. Pienso que la I Restauración y la II República se hundieron cuando el decoro político cayó bajo mínimos y cuando, consecuentemente, la política se presentó a los ojos de los españoles como sinónimo de mixtificación, oportunismo e inconsecuencia. Tal estado de ánimo colectivo conduce a un divor-

cio entre lo oficial y lo real y al descrédito de las instituciones, y es una invitación a los procesos revolucionarios. No es extraño que, aun habiendø sido precursores en las técnicas democráticas, el sistema no se consolidase entre los españoles.

8. PRESUPUESTO FILOSOFICO

En el fondo de todo debate especulativo yace una cuestión filosófica. No cabe ahora resolverla, pero tampoco ignorarla. Iluminando, aunque fugazmente, el dilema metafísico, nuestro problema cobra toda su profundidad.

El decoro político es una coherencia entre lo que se piensa y lo que se declara, entre lo que se sostuvo y lo que se afirma, y entre lo programado y lo ejecutado. En los tres supuestos se trata de concordancias entre unos comportamientos anteriores y otros posteriores. El decoro político no es un fenómeno intemporal, ni siquiera instantáneo; es correlación entre un antes y un después y, por ello, es un proceso que necesariamente se realiza en el tiempo.

Para que se pueda afirmar de alguien que es decoroso hay que admitir que en ese hombre hay algo que se conserva y dura a través de los cambios. Para que una persona sea traidora ha de ser, en cierto modo, la misma cuando promete que cuando perjura. No tendría sentido la indecorosidad de un esquizofrénico avanzado o de un amnésico total. Desde una psicología puramente actualista, ni en los citados casos patológicos ni en ningún otro, por normal que lo imaginemos, podría plantearse el problema del decoro personal. Para David Hume, el "yo" no tiene sustantividad ni unidad; "es una colección de diferentes percepciones que se suceden las unas a las otras con una inconcebible rapidez y que se hallan en flujo y movimiento perpetuos" (*Treatise*, I, 4, 6, 4). Desde tal antropología, las formas de incoherencia que constituyen la indecorosidad política serían estados sucesivos sin más enlace que la eventual memoria del actor o de los espectadores. No procedería, pues, exigir responsabilidad por incoherencia al político indecoroso. Sólo cabría, según Hume, calificar cada uno de sus actos de apreciable o de despreciable en función de su utilidad social. Es evidente que, por ejemplo, mentir a los electores es perjudicial al pacto comunitario, pero éste

es ya otro nivel. En suma, para Hume no habría decoro personal, sino estima social.

La afirmación del decoro político personal supone que algo material o espiritual permanece en el hombre a lo largo de su existencia y que, por lo tanto, a esa intimidad perdurable se le puede exigir que evite ciertos tipos de contradicción, y concretamente aquellos que tienen implicaciones sociales negativas. Por el contrario, la fundamentación del cinismo político absoluto entrañaría una psicología actualista y un “yo” tan fluyente y paradójico que no podría ser fiel a una identidad inexistente y al cual sería inaplicable ese áureo verso de Píndaro, que es la quintaesencia normativa del decoro: “Sé tú mismo”.

9. CONCLUSIONES

Lo que el hombre va siendo a lo largo de su vida depende de tres factores: el patrimonio genético, recibido de los padres y que, en el estado actual de la biología, no es modificable voluntariamente; el patrimonio ambiental, integrado principalmente por la geografía, la sociedad y la cultura; y, finalmente, las decisiones que toma el hombre cuando actualiza sus posibilidades genéticas y opta entre las alternativas que le ofrecen las circunstancias. La conjunción de estos tres factores a lo largo del tiempo va configurando la “mismidad” del individuo. El decoro en sentido amplio no es un ideal universal y absoluto, válido para toda la humanidad; es ser uno mismo. Y el decoro político es comportarse en concordancia con la imagen pública que el ciudadano ha forjado de sí mismo acerca de lo relativo al Estado. Tal decoro tiene, pues, contenidos diferentes en función de la mismidad política de cada cual. Las necesarias proscripciones de lo sustantivo, como el asesinato, el robo, la calumnia, la corrupción, etc., competen no al decoro, sino a la moral.

El decoro político ha solido ser más escaso que otros géneros de decoro, como, por ejemplo, el intelectual o el mercantil, pero nunca se ha negado su existencia a escala personal, y la historia de la cosa pública está sembrada de dirigentes con un alto grado de decoro político. Hasta el período de entreguerras, que registró el ascenso del laborismo y de los estratos inferiores de la población británica,

Inglaterra estuvo gobernada por el "gentleman". El código social de este tipo humano se centraba en una regla de origen deportivo, el juego limpio. Bajo este signo, Inglaterra produjo auténticos arquetipos de decoro político y vivió una etapa de notable dignidad de la cosa pública. En España, el hidalgo impuso el señorío en los asuntos de Estado y, durante siglos, el honor privado coincidió básicamente con el honor público, lo que otorgó gran nobleza a la política. Este esquema de valores decayó en el siglo XIX; pero figuras contemporáneas como las de Antonio Maura y Carrero Blanco son ejemplos próximos de alto decoro político. En nuestra patria se registra una correlación clara entre decadencia nacional y caída del decoro político, y me inclino a pensar que esta última es una concausa desencadenante.

Toda sociedad tiene, por naturaleza, el poder de imponer unos valores y, consecuentemente, de exigir el decoro político a sus gobernantes. Espero que ésta no sea una voz solitaria y que otras muchas contribuyan a restablecer el primado del recto decoro político sobre el zigzagueante cinismo; y la claridad, la autenticidad, la consecuencia, la lealtad y los modales en lugar de la ambigüedad, el disfraz, el oportunismo, la infidencia y el dudoso estilo.